



ll

NOVENA DE navidad





Novena de navidad
2023

Vicaría de Evangelización
Contenido: Pbro. Wilson Cobaleda
Diseño: Angélica Sánchez Lizarazo
Impresión: Instituto San Pablo Apostol





Presentación



Queridos hermanos y hermanas, miembros del Pueblo de Dios que están en todas las parroquias de la Arquidiócesis de Bogotá.

Los saludamos con afecto y les ofrecemos la Novena de Navidad que este año hemos diseñado para ayudarnos a preparar y vivir, con un corazón bien dispuesto, la solemnidad del nacimiento de nuestro Salvador. Esta vez, queremos invitarles a vivirla alegrándonos por que, el niño del pesebre, “Dios humanado”, nos da la Esperanza de la victoria de la Luz sobre las tinieblas, del amor sobre el odio, del bien sobre el mal, de la vida sobre la muerte, de la alegría sobre la tristeza.

Durante todo este año nos hemos esforzado por reconocer las semillas de esperanza que ya están presentes en nuestras familias, en nuestras comunidades parroquiales y en nuestra ciudad; semillas que son muestra de la presencia fiel y amorosa de Dios – con - nosotros. Que el rezo de la novena de este año nos permita aprender de Dios su mirada para vernos como él nos ve; para saber reconocer su presencia, su luz, su amor y su ternura; para levantarnos y caminar juntos como testigos de la gran Esperanza que nos mueve. La portada de esta novena nos recuerda precisamente que vamos caminando juntos por el mundo hacia la casa del Padre como familia-pueblo de Dios, discípulos misioneros de su Hijo Jesucristo, sembradores de la esperanza, la fe y el amor.

Que todos y cada uno de nosotros seamos luces cercanas, personas que dan luz, reflejando la luz de Cristo. Reciban, entonces, con ocasión del Adviento y de la Navidad, nuestra bendición, con el anhelo de un año nuevo lleno de las gracias necesarias para caminar juntos y en paz.

+Luis José Rueda Aparicio
Card. Arzobispo de Bogotá

+Germán Medina Acosta
Obispo Auxiliar de Bogotá

+Luis Manuel Alí Herrera
Obispo Auxiliar de Bogotá







Dios de la Esperanza

Dios de esperanza, te buscamos.
Durante esta temporada santa de Adviento,
ayúdanos a verte en quienes nos encontremos.

Dios de esperanza, te buscamos.
Te buscamos en el pesebre rústico, un niño
nacido para salvar al mundo.
Que tu esperanza sea un consuelo para todos los
que anhelan justicia.

Dios de esperanza, te buscamos.
Que tu esperanza llene nuestros corazones y
tu gracia nuestros labios para que podamos
reflejarla a todo el mundo.

Amén.





El pesebre de San Francisco de Asís

San Francisco de Asís (1182-1226) tuvo una gran devoción por el niño Jesús, por lo que celebraba con solemnidad su nacimiento en la Navidad. Al festejar este misterio traía a sus pensamientos imágenes con el niño de Belén en que lo contemplaba y lo llenaba de arrullos. En su intención de tener una visión muy cercana del nacimiento de Jesús, seguramente inspirado en las representaciones ya existentes del pesebre en varias iglesias, como por ejemplo en santa María la Mayor (una de las basílicas de Roma), quiso vestir el nacimiento en vivo en una cueva de Greccio (Italia), aldea habitada por gente sencilla, ausentes de toda comodidad y riqueza, pero ricos en la fe.

Francisco expresó su deseo de celebrar la memoria del nacimiento del Niño y contemplar, de cierta forma, el misterio sucedido en Belén en el que, el Mesías, nacido en un pesebre, fue colocado sobre heno entre el buey y el asno; y así lo celebró en el año 1223. En adelante se difundió con mayor fuerza la costumbre de vestir pequeños nacimientos en las casas e iglesias.

La Novena de Navidad

En las calles y en los parques, en los edificios y en las casas, en las veredas y en los barrios, en los pueblos y ciudades resuenan por este tiempo sencillos versos que cantan la pronta venida del Señor. A los versos se unen las maracas y los silbatos, las panderetas y las guitarras, los triángulos y las flautas para hacer más festivo el anuncio que pregona el nacimiento del Mesías.

Los niños con los abuelos, los jóvenes con sus padres, los curas junto a sus fieles, los que vienen y los que van, se reúnen para





celebrar la fiesta del nacimiento; y su oración se convierte en luces resplandecientes que revelan la esperanza de un mañana mejor, de un tiempo favorable donde la semilla de Dios germine y crezca hasta dar fruto y hacerse el más alto de entre los árboles, para acoger en sus ramas a los hombres y mujeres de buena voluntad que, venciendo toda autosuficiencia y presunción, levantan la mirada al cielo para ser testigos de la Luz sin ocaso, que resplandece, en la noche de la Navidad.

Y todos se congregan en torno al Belén, al pesebre de la aldea de David, donde tres personajes atraen las miradas del mundo entero. Contemplan al recién nacido Niño que, aunque es Dios, quiso tener un cuerpo como el nuestro y descansa en los brazos de su madre, la joven virgen de Nazaret que, sin creerlo todavía, vio nacer a su hijo, quien, aunque depende de ella, existe antes que ella y es llamado Rey y Mesías. Junto a los dos, vigila y contempla el misterio del nacimiento un humilde carpintero que ni una cuna ofreció a quien cargará un madero, y que no halló más morada que una gruta de Belén; solo le bastó creer en las palabras del ángel del cielo. Más atrás, dos usuales moradores de estas grutas de Belén ofrecen con reverencia su servicio al Rey-Mesías: uno le brinda calor y el otro fiel compañía. Y todos, como en un cuadro, al mundo hacen suspirar, pues no hay mayor alegría que ver al Mesías llegar.

Este es el espíritu de la novena de navidad que nos congrega en torno al Mesías y a la fe sencilla de quienes reconocemos en Él nuestra mayor esperanza. Por eso, con el ángel de la noche de Navidad, proclamamos a viva voz, que Dios, nuestra esperanza, está con nosotros, y le hallaremos recostado en un pesebre y envuelto en pañales, para llegar hasta Él y decir con los pastores, los obreros, las mujeres y los hombres, de toda edad y lugar, que ha nacido la Esperanza. Esa esperanza es Cristo que, en la Navidad, como semilla en tierra fértil, se siembra, germina y crece para dar nueva vida a la humanidad. Celebremos, entonces, la esperanza, la presencia amorosa de Dios.





Bendición del pesebre

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Que nuestro Señor Jesucristo nos conceda reunirnos en familia para orar la novena y recibir en la Navidad al Niño Dios, semilla de esperanza que el Espíritu Santo encarnó en el vientre de María.

A ti, Jesús, te invocamos y te esperamos en Navidad. Que al bendecir este pesebre nuestro hogar se convierta en morada cálida donde quieres habitar y reinar. Amén.

Oración de bendición

Señor Dios, que por tu inmenso amor nos entregaste a tu Hijo único nacido de la virgen María, dignate bendecir este nacimiento y a nuestra familia aquí reunida, para que, meditando el misterio realizado en Belén, nuestros corazones se conviertan en tierra buena, capaz de acoger al Mesías como semilla de esperanza que nace en la Navidad. Amén.





Modo de rezar la novena

Oración para todos los días _____	8
Consideración para cada día _____	13
Dios de la Esperanza _____	3
Gozos al Niño Jesús _____	9
Oración a la Virgen María _____	11
Oración a San José _____	11
Oración al Niño Jesús _____	12
Villancicos _____	32

*Los villancicos se intercalan





Oración para todos los días

Bondadoso Dios de infinita caridad, que tanto amaste a los hombres, que les diste en tu Hijo la mejor prenda de tu amor, para que hecho hombre en las entrañas de una Virgen, naciera en un pesebre para nuestra salud y remedio. Nosotros, en nombre de todos los mortales, te damos infinitas gracias por tan soberano beneficio. En retorno de él te ofrecemos la pobreza, humildad y demás virtudes de tu Hijo humanado, suplicándote por sus divinos méritos, por las incomodidades con que nació y por las tiernas lágrimas que derramó en el pesebre, que dispongas nuestros corazones con humildad profunda, con amor encendido, con total desprecio de todo lo terreno, para que Jesús recién nacido tenga en ellos su cuna y more eternamente. Amén.

Gloria al Padre





Gozos al Niño Jesús

Dulce Jesús mío,
mi Niño adorado,
¡Ven a nuestras almas!
¡Ven, no tardes tanto!

¡Oh Sapiencia suma
del Dios soberano,
que a infantil alcance
te rebajas sacro!

¡Oh Divino Niño,
ven para enseñarnos
la prudencia que hace
verdaderos sabios!

¡Oh Adonai potente
que a Moisés hablando,
de Israel al pueblo
diste los mandatos!

¡Ah! ven prontamente
para rescatarnos,
y que un Niño débil
muestre fuerte brazo!

¡Oh raíz sagrada de Jesé,
que en lo alto
presentas al orbe
tu fragante nardo!

¡Dulcísimo Niño
que has sido llamado
lirio de los valles,
bella flor del campo!

¡Llave de David
que abre al desterrado
las cerradas puertas
de regio palacio!

¡Sácanos, Oh Niño,
con tu blanca mano,
de la cárcel triste
que labró el pecado!

¡Oh lumbre de Oriente,
sol de eternos rayos,
que entre las tinieblas
tu esplendor veamos!

¡Niño tan precioso,
dicha del cristiano,
luzca la sonrisa
de tus dulces labios!

¡Espejo sin mancha,
Santo de los santos,
sin igual imagen
del Dios Soberano!

¡Borra nuestras culpas,
salva al desterrado
y, en forma de Niño,
da al mísero amparo!





¡Rey de las naciones,
Emmanuel preclaro,
de Israel anhelo,
Pastor del rebaño!
¡Niño que apacientas
con suave cayado
ya la oveja arisca,
ya el cordero manso!

¡Ábranse los cielos
y llueva de lo alto
bienhechor rocío,
como riego santo!
¡Ven hermoso Niño,
ven Dios humanado!
¡Luce hermosa estrella,
brota, flor del campo!

¡Ven, que ya María
previene sus brazos,
do su Niño vean,
en tiempo cercano!
¡Ven, que ya José,
con anhelo sacro,
se dispone a hacerse
de tu amor sagrario!

¡Del débil auxilio,
del doliente amparo,
consuelo del triste,
luz del desterrado!
¡Vida de mi vida,
mi Dueño adorado,
mi constante amigo,
mi divino hermano!

¡Véante mis ojos
de Ti enamorados!
¡Bese ya tus plantas!
¡Bese ya tus manos!
¡Prosternado en tierra,
te tiendo los brazos,
y aún más que mis frases
te dice mi llanto!

¡Ven, Salvador nuestro,
por quien suspiramos,
¡Ven a nuestras almas!
¡Ven, no tardes tanto!





Oración a la Santísima Virgen María

Soberana María, que por tus grandes virtudes y especialmente por tu humildad, mereciste que todo un Dios te escogiera por madre suya, te suplicamos que tú misma prepares y dispongas mi alma y la de todos los que en este tiempo hicieran esta novena, para el nacimiento espiritual de tu adorado Hijo.

¡Oh, dulcísima Madre! Comunícanos algo del profundo recogimiento y divina ternura con que le aguardaste, para que nos hagas menos indignos de verle, amarle y adorarle por toda la eternidad. Amén.

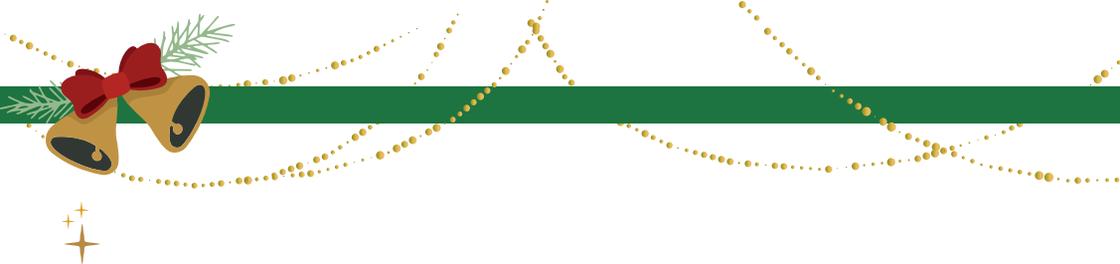
Tres Avemarías

Oración a San José

¡Oh, Santísimo José, esposo de María y padre adoptivo de Jesús! Infinitas gracias damos a Dios porque te escogió para tan altos ministerios y te adornó con todos los dones proporcionados a tan excelente grandeza. Te rogamos, por el amor que tuviste al Divino Niño, nos abrace en fervorosos deseos de verle y recibirle sacramentalmente, mientras en su divina esencia le veamos y le gocemos en el cielo. Amén.

Reza un Padrenuestro





Oración al Niño Jesús

Acuérdate, ¡oh, dulcísimo Niño Jesús! que dijiste a la venerable Margarita del Santísimo Sacramento, y en persona suya a todos tus devotos estas palabras tan consoladoras para nuestra pobre humanidad agobiada y doliente: “Todo lo que quieras pedir, pídelo por los méritos de mi infancia y nada te será negado”. Llenos de confianza en Ti, oh Jesús, que eres la misma verdad, venimos a presentarte toda nuestra miseria. Ayúdanos a llevar una vida santa, para conseguir una eternidad bienaventurada. Concédenos por los méritos de tu encarnación y de tu infancia, la gracia de la cual necesitamos tanto.

Nos entregamos a Ti, ¡oh Niño omnipotente!, seguros de que no quedará frustrada nuestra esperanza y de que, en virtud de tu divina promesa, acogerás y responderás favorablemente nuestra súplica. Amén.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo





Digamos todos: *“Señor, al iniciar la novena, preparamos tu camino”*

Iniciamos hoy el rezo de la novena que representa para nosotros el camino que debemos recorrer para acoger a Jesús en la Navidad. Por medio del profeta Isaías Dios anuncia la venida de su Hijo y nos llama a prepararle un camino llano para que entre. Y nos lo dice de este modo:



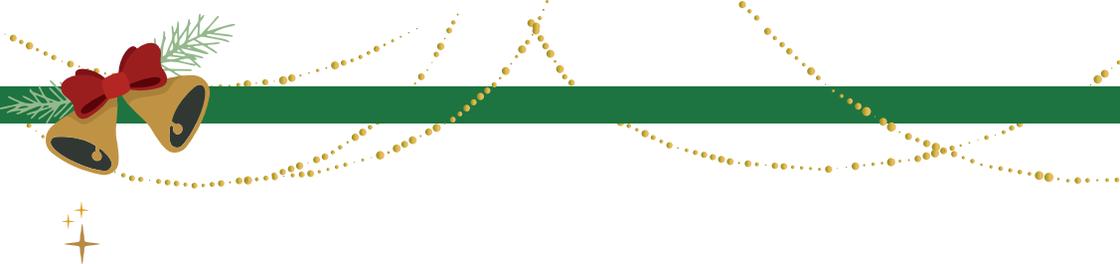
«Preparen en el desierto un camino al Señor; tracen en la llanura una senda para nuestro Dios; que los valles se levanten, que montes y colinas se abajen, que lo torcido se enderece y lo escabroso se iguale. Se revelará la gloria del Señor, y la verán todos los hombres juntos.»'

Palabra de Dios.



Este mes de diciembre nos lleva a preparar muchas cosas, entre ellas, aquellas que nos llenan de alegría y nos congregan en familia, con los amigos y los vecinos. Pero, el profeta Isaías nos dice que hay que preparar especialmente el camino para que el Señor y Mesías llegue hasta nosotros.





Este camino parte de la situación real en la cual nos encontramos, *nuestro terreno*, para que al final le presentemos al Mesías un camino recto. Por eso, si estamos en el desierto debemos allanar la senda; si estamos en el abismo es preciso rellenar la hondura; si estamos en la montaña conviene abajar la altura; o si habitamos en terreno quebrado es sabio emparejar el sendero; todo ello, para que juntos logremos una senda que haga posible la llegada del Señor.

Abrir caminos a Dios puede resultar exigente y fatigoso; también la virgen María y san José abrieron caminos para llegar a Belén. Pero, preparar el camino al Señor nos garantiza *acoger la esperanza*, una esperanza fiable, gracias a la cual podemos afrontar nuestro presente que, aunque sea complejo como camino pedregoso, se puede vivir y reinterpretar si conduce hacia una meta que nos brinda seguridad, y, tan grande, que justifica el esfuerzo. Por eso, pongamos todo nuestro empeño en preparar el camino para que llegue Cristo.

Abramos brechas, construyamos sendas, derribemos muros. Somos peregrinos en el mundo, por lo que, haciendo camino, avanzaremos juntos con Cristo, nuestra esperanza. Caminar juntos debe ser nuestro presente, por eso, levantemos la mirada y recorramos juntos la ruta que nos lleva a contemplar la gloria del Señor.



Compartamos esta pregunta en familia:
¿Cuál es el camino que el Señor quiere que preparemos en familia para que Él llegue en esta Navidad?





Digamos todos: *“En nuestras casas te acogemos, Señor”*

Dios anunció la llegada de su Hijo al mundo. Declaró que nacería de la familia del rey David; y así lo proclama el profeta:



«Escucha, Casa de David. El Señor, por su cuenta, les dará una señal: Miren: la virgen está encinta y da a luz un hijo, y le pondrá por nombre Enmanuel.»² Palabra de Dios.



Todos, en algún momento, nos hemos sentido acogidos gratuitamente por otras personas en sus casas, en sus lugares de trabajo, en la calle, en el parque, en el edificio, en la vereda, en la iglesia; con una sonrisa, con un abrazo, al compartir la mesa, y tantos modos más. En todos ellos nos han hecho saber y sentir el aprecio que nos tienen.

Del mismo modo, celebrar la Navidad es festejar *la alegría del encuentro con Dios* y entre nosotros, pues el verdadero encuentro, aquel que brota del amor y la fraternidad, pone de manifiesto que Dios está con nosotros y habita entre nosotros. Por eso, prepararle un camino al Señor, manifiesta, a la vez, el deseo de acogerlo en nuestros hogares y en nuestras vidas.

El profeta le dirige su mensaje a la Casa de David, es decir, a la familia y a la descendencia del Rey David, para anunciarle que, de una joven virgen, ya encinta, nacería el Enmanuel, que significa,





‘Dios con nosotros’. En estas palabras se esconde una realidad y una esperanza: la realidad es que el Enmanuel ya está en el vientre de la mujer, y la esperanza es que nacerá y estará con nosotros. Por eso, nuestra esperanza en Cristo es fundada y real.

Hoy, la Casa de David somos todos nosotros que esperamos la alegre venida del Señor. Dios nos invita a fijar la mirada en la joven virgen que trae en su vientre al Enmanuel. Por eso, hagamos de nuestras casas y lugares de vivienda, incluso aquellos otros donde pasamos la mayor parte de nuestro tiempo, un espacio para el Señor, un ambiente de esperanza donde el Hijo de Dios pueda habitar. Diseminemos por todo el sector la semilla de Dios que crece entre nosotros y acojamos su presencia salvadora, redentora y pacificadora.

Que ninguna familia se sienta ajena a esta esperanza y a esta espera del Mesías, pues quien tiene esperanza vive de otra manera; así seremos lámparas donde la luz de Cristo alumbra a todos los de la casa, a todos los hombres y mujeres de buena voluntad y aun a aquellos que no le conocen, pues el Señor viene por todos, ama a todos y muere por todos. De ese modo, *miraremos el mundo con los ojos de Jesús y nuestra esperanza se acrecentará.*

Digámosle al Señor que lo acogemos con alegría, que estamos preparando el camino para recibirle, que anhelamos encontrarnos en familia con Él, que nuestra mayor alegría en la Navidad será recibirle con cordialidad y fraternidad para poder celebrar que Dios está con nosotros y que su amor se sembrará en nuestros corazones para cosechar nuevas esperanzas, nuevos modos de ser y de vivir en comunidad.



Digamos juntos: *“entra, Señor, a nuestra casa, reaviva nuestra esperanza y fortalece nuestro amor”.*





Digamos todos: *“Señor, enséñanos a comunicar la esperanza”*

Estos días de novena de navidad resultan ser el tiempo en que Dios anuncia, por medio de sus mensajeros, la buena noticia de la venida de su Hijo Jesucristo. Así nos lo cuenta el profeta Isaías:



*«Súbete a un monte elevado, heraldo de Sión; alza fuerte la voz, heraldo de Jerusalén; álzala, no temas, di a las ciudades de Judá: «Aquí está tu Dios. Miren, el Señor Dios llega con poder, y su brazo manda. Miren, viene con Él su salario, y su recompensa lo precede. Como un pastor que apacienta el rebaño, su brazo lo reúne, toma en brazos los corderos y hace recostar a las madres».*³ Palabra de Dios.



El heraldo del que habla el profeta Isaías es el mensajero que, a viva voz, comunica aquello que Dios le ha confiado; y, para hacerse oír, busca un sitio elevado, de modo que su mensaje alcance a todos sus oyentes.

El ángel Gabriel, el día de la anunciación, se convirtió en mensajero para comunicar a la virgen María el designio de Dios. Poco después, la virgen de Nazaret asumió esa misma labor al visitar a Isabel, su prima. *Ahora, el Señor se vale de nosotros para comunicar con fuerza y con alegría, que Cristo, nuestra esperanza, está por nacer.*

No hay mejor noticia que contar a quien lo ansía que un niño está por nacer, que pronto habrá en medio de la familia un nuevo



³ Isaías 40,9-11





integrante cuya presencia traerá alegría y convocará a quienes compartan los mismos sentimientos.

La gran noticia por estos días es que el Mesías nacerá, pues, como semilla en tierra buena, se plantó en el vientre de María, y en ella germina y crece para darnos vida en abundancia. Por eso, en estos días de novena, estamos llamados a reconocer en Cristo la semilla de esperanza que trae la vida plena y a sabernos nosotros mismos semillas de esperanza, enviados a anunciar como el heraldo la buena noticia, porque el Señor nacerá en la Navidad y hará de nuestras vidas el campo que Dios se eligió para habitar entre nosotros.

Seamos heraldos y mensajeros, contémosle al otro la buena noticia de Jesús, realicemos la misión individual más pequeña pero significativa, diciéndole al otro que *Jesús es nuestra esperanza*.



Los invito, entonces, a decirle a la persona que está a su lado: que cree en Jesús y que desea que el Señor traiga bendición para ella en la Navidad.





 *Día Cuarto* 19 de diciembre



Digamos: “*Señor, camina con nosotros y danos la paz*”

El Mesías nació en la aldea de Belén; así lo anunció el profeta Miqueas en su libro:



«En cuanto a ti, Belén Efrata, pequeña entre las aldeas de Judá, de ti saldrá el jefe de Israel. Su origen se remonta a los tiempos antiguos, a los días pasados. Por eso el Señor los abandonará hasta el tiempo en que la madre dé a luz, y el resto de sus hermanos retornará a los hijos de Israel. En pie, pastoreará con la fuerza del Señor, por el nombre glorioso del Señor, su Dios. Y vivirán tranquilos, porque se mostrará grande hasta los confines de la tierra, y él mismo será la paz.»⁴

Palabra de Dios.



En el primer día de la novena el profeta Isaías nos llamó a preparar el camino del Señor, y esta ha sido nuestra intención durante estos días. Su llegada es real como lo fue hace más de 2000 años en Belén. La pequeñez e insignificancia de esta aldea de pastores fue superada por la grandeza de aquel que nació de la virgen María y creció bajo el cuidado de José. Y quien nació allí, —nos decía el profeta Miqueas—, se convirtió en el jefe de Israel, del pueblo de Dios, y tomó la identidad del pastor que camina, guía y vela por el bienestar de sus ovejas, comunicando la paz que el rebaño necesita.

Así nosotros, esperamos al Mesías que trae la paz y que saludó a sus discípulos el día de la resurrección con las palabras: “Paz a ustedes”. Muchas realidades en nuestro país parecieran ahogar los gritos de paz que a diario proclamamos, pero, *Jesucristo nuestra esperanza*, es también nuestra paz, por lo que, incluso en medio de





la adversidad, experimentamos la paz que proviene de Él, que nos anima a no desfallecer y a ser entre nosotros semillas de paz.

Cada familia, cada comunidad, en todos los lugares de nuestra Arquidiócesis de Bogotá, debe convertirse en territorio de paz, pues fuimos consagrados desde el bautismo a aquel que es Príncipe de Paz y camina con nosotros. Por eso, reconocemos que la paz se teje desde las pequeñas cosas: en el saludo al salir de casa o al encontrarnos por el camino; al bendecir la mesa y compartir el alimento; al pedir perdón por la actitud errada que pudimos tener; al tomar parte en el servicio doméstico que crea pertenencia e igualdad; al desearnos buenos días, feliz viaje; al orar los unos por los otros y con los otros; al comunicarnos con alguno para preguntar cómo está. Todas estas actitudes son signos de esperanza que el Mesías ha sembrado en nosotros. Por eso, convirtámonos en artesanos de paz. Que nuestras actitudes manifiesten que caminamos siguiendo a Jesús.



Preguntémonos: *¿qué podemos hacer para
convertirnos en artesanos de paz?*





Digamos: “*Señor, tú eres nuestra esperanza*”

El pasaje de la anunciación del ángel Gabriel a María es uno de los más conocidos y escuchados durante este tiempo, y representa, a la vez, la encarnación de la mayor esperanza cristiana: la venida del Mesías. Así nos lo cuenta san Lucas:



«Al sexto mes, envió Dios al ángel Gabriel a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la descendencia de David; el nombre de la virgen era María. El ángel entró donde estaba María y le dijo: –Dios te salve, llena de gracia, el Señor está contigo. Al oír estas palabras, ella quedó desconcertada y se preguntaba qué significaba tal saludo. El ángel le dijo: –No temas, María, pues Dios te ha concedido su favor. Concebirás y darás a luz un hijo, al que pondrás por nombre Jesús. Él será grande, será llamado Hijo del Altísimo; el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la descendencia de Jacob por siempre y su reino no tendrá fin.»⁵ Palabra del Señor.



En María la virgen ya habitaba una esperanza: ella, por los profetas, sabía que de su pueblo saldría el Mesías, pero no sabía que era ella la elegida para ser su madre en el mundo. Y es que en el corazón humano habitan esperanzas. El Papa Benedicto XVI escribe: «A lo largo de su existencia, el hombre tiene muchas esperanzas, más grandes o más pequeñas, diferentes según los períodos de su vida. A veces puede parecer que una de estas esperanzas lo llena totalmente y que no necesita de ninguna otra. En la juventud puede ser la esperanza del amor grande y





satisfactorio; la esperanza de cierta posición en la profesión, de uno u otro éxito determinante para el resto de su vida. Sin embargo, cuando estas esperanzas se cumplen, se ve claramente que esto, en realidad, no lo era todo. Está claro que el hombre necesita una esperanza que vaya más allá.»⁶

Esta esperanza plena es Jesucristo, y María supo acogerlo en su corazón, para ella y para su pueblo. Que, también nosotros, aguardemos la llegada del Mesías como expresión plena de aquello que colma los deseos más profundos del ser humano, pues en Cristo se hace posible el encuentro con una esperanza más fuerte que los sufrimientos y las alegrías del mundo, que impulsa la vida al anhelo de la vida eterna.



Preguntémonos y compartamos:

¿Cuál esperanza me acompaña hoy? ¿Cristo es mi esperanza?



⁶ Benedicto XVI, Carta Encíclica Spe Salvi, número 30





 *Día Sexto* 21 de diciembre



Digamos: “*Señor, realiza en nosotros tu obra*”

Ante el anuncio del ángel Gabriel a la virgen María acerca de la encarnación del Hijo de Dios, ella, desconcertada, preguntó cómo se realizaría aquello; y así nos lo cuenta san Lucas:



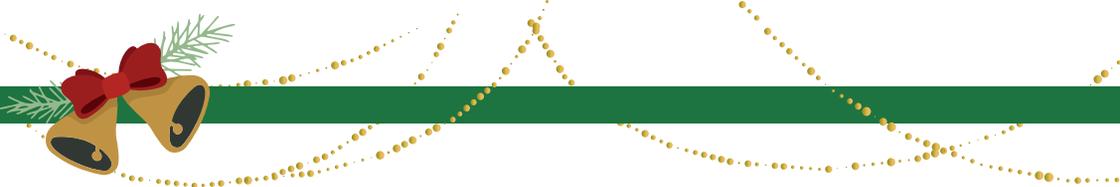
«María dijo al ángel: —¿Cómo será esto, pues no tengo relaciones con ningún hombre? El ángel le contestó: —El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el que va a nacer será santo y se llamará Hijo de Dios. María dijo: —Aquí está la esclava del Señor, que me suceda como tú dices. Y el ángel la dejó.» Palabra del Señor.



Desconcierto y turbación produjo en la virgen María las palabras del ángel, ¿cómo no sentirlos ante tal anuncio?. Sin embargo, María se atreve a preguntarle al ángel cómo sucederá este misterio, pues, desde su humanidad, no alcanza a entenderlo. Su respuesta al final revela tres actitudes que posibilitan el reinado de Dios en ella y en nosotros: *la apertura, la humildad y la escucha.*

María se abre a las palabras del ángel y a la gracia para acoger la voluntad de Dios. En ella no hubo resistencias sino discernimiento en el espíritu y lo hace con aquella humildad que le lleva a reconocerse la esclava del Señor, es decir, la mujer que se pone plenamente al servicio de Dios y de su plan de redención. Todo ello, gracias a la escucha atenta de las palabras del ángel Gabriel.





Apertura, humildad y escucha deben ser también nuestras actitudes como fieles cristianos, discípulos de Jesucristo, a quien esperamos en la Navidad.

Abramos nuestros corazones a la acción misionera de la Iglesia y a la participación activa en la pastoral parroquial. Para lograrlo, podemos revestirnos de la humildad necesaria para reconocernos necesitados de Dios, pues de Él venimos y a Él volveremos. Con esta actitud vino el Mesías al mundo, pues, siendo Dios, no temió abajarse para asumir nuestra humanidad, sino que lo hizo con humildad profunda para divinizarla. Y, al poner su morada en medio de nosotros, escuchó el clamor del corazón humano para liberarlo de toda opresión y conducirlo por la ruta que lleva a la salvación.

Nuestra Iglesia arquidiocesana está, justamente, orientando y animando su acción evangelizadora en espíritu de *apertura, de humildad y de escucha* para madurar la esperanza, la fe y la caridad, y como la Iglesia somos todos, esta es la hora, entonces, de caminar juntos como Iglesia con la *apertura, la humildad y la escucha* de la virgen María, para que el Señor realice en nosotros su obra salvadora.



En un momento de silencio oremos por los evangelizadores, para que se mantengan en su intención de sembrar la esperanza cristiana, y por nosotros para que, como tierra buena, la acogamos y la dejemos prosperar en nuestras vidas.





Digamos: “Señor, somos la Iglesia en camino”

Después del anuncio del ángel, María, llevando en su vientre al Hijo de Dios, fue a visitar a su prima Isabel; así nos lo cuenta el evangelista san Lucas:



«Por aquellos días, María se puso en camino y fue de prisa a la montaña, a una ciudad de Judá. Entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. Y cuando Isabel oyó el saludo de María, el niño saltó en su seno. Entonces Isabel, llena del Espíritu Santo, exclamó a grandes voces: –Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre. Pero ¿cómo es posible que la madre de mi Señor venga a visitarme? Porque en cuanto oí tu saludo, el niño saltó de alegría en mi seno. ¡Dichosa tú que has creído! Porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá.» Palabra del Señor.



María, de camino hacia la casa de Isabel, se supo siempre acompañada, pues portaba en su vientre al Mesías. Así nosotros. Como discípulos, caminamos juntos, somos la Iglesia en camino misionero y, mientras caminamos, es preciso mirarnos a la cara y reconocernos compañeros de misión y en misión, hacia el encuentro con Dios, con los hombres y mujeres que habitan en la ciudad región.

Inspirado en este pasaje de la visitación, el Papa Francisco escribe: «Se levantó y se puso en marcha, porque estaba segura de que los planes de Dios eran el mejor proyecto posible para su vida. María se convirtió en el templo de Dios, imagen de la Iglesia en camino, la Iglesia que sale y se pone al servicio, la





Iglesia portadora de la Buena Noticia. Experimentar la presencia de Cristo en la propia vida, es la mayor alegría espiritual, una explosión de luz que no puede dejar a nadie “quieto”. Nos pone en movimiento inmediatamente y nos impulsa a llevar esta noticia a otros, a dar testimonio de la alegría de este encuentro. [...] Y, —continúa el Papa—, «María se dejó interpelar por la necesidad de su prima anciana. No se echó atrás, no permaneció indiferente. Pensaba más en los demás que en sí misma. Y esto dio dinamismo y entusiasmo a su vida. Cada uno de ustedes puede preguntarse: ¿Cómo reacciono ante las necesidades que veo a mi alrededor? ¿Pienso inmediatamente en una justificación para desentenderme, o me intereso y me pongo a disposición?»⁹

Caminemos juntos, entonces, para ponernos al servicio del otro, dando testimonio de palabra y por las obras. Dios no nos quiere encerrados y dedicados solamente a nuestros quehaceres personales; nos quiere caminantes como María al encuentro de quien nos necesita, andariegos de la fe, caminando con la Iglesia para llevar alegría y esperanza.



Compartamos en familia: *¿Quién nos está esperando para que le sirvamos y le brindemos amor y compañía?*





 Día Octavo 23 de diciembre



Digamos: *“En Dios hemos puesto la esperanza”*

San Mateo narra el sueño de José, de este modo:



«El nacimiento de Jesús, el Mesías, fue así: su madre María estaba prometida a José y, antes de vivir juntos, resultó que esperaba un hijo por la acción del Espíritu Santo. José, su esposo, que era justo y no quería denunciarla, decidió separarse de ella en secreto. Después de tomar esta decisión, el ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: –José, hijo de David, no temas aceptar a María como tu esposa, pues el hijo que espera viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados. Cuando José se despertó del sueño, hizo lo que el ángel del Señor le había mandado: recibió a su esposa y, sin tener relaciones conyugales, ella dio a luz un hijo, al que José puso por nombre Jesús.»¹⁰ Palabra del Señor.



San José estaba angustiado al enterarse que María, su esposa, esperaba un hijo sin intervención suya. Es aquí cuando el ángel del Señor le revela en sueños que el hijo que viene en camino es el Salvador.

Los sueños en la Biblia resultan ser uno de los medios predilectos de Dios para comunicar su voluntad, por lo que no se pueden entender simplemente como el estado de reposo de aquel que duerme. Mediante los sueños san José descubrió la voluntad de Dios; por medio de ellos, alcanzó el ascenso a la verdad divina que le llevó a mantenerse en la esperanza de lo





que el ángel le reveló. La esperanza era el Mesías que contaba con él como custodio suyo en el mundo. Ciertamente, la oración hace posible también este ascenso para hallar la voluntad divina. El sueño de José representa, entonces, el fruto de la oración de aquel que pone su esperanza en Dios.

El Papa Benedicto XVI escribe: «Un lugar primero y esencial de aprendizaje de la esperanza es la oración. Cuando ya nadie me escucha, Dios todavía me escucha. Cuando ya no puedo hablar con ninguno, ni invocar a nadie, siempre puedo hablar con Dios. Si ya no hay nadie que pueda ayudarme –cuando se trata de una necesidad o de una expectativa que supera la capacidad humana de esperar–, Él puede ayudarme. Si me veo relegado a la extrema soledad...; el que reza nunca está totalmente solo.»¹¹

Aprendamos entonces de san José. Seamos testigos de la esperanza acudiendo a la oración, y en ella pidámosle a Dios, nuestra esperanza, que nos revele su voluntad y nos mantenga en sus promesas.



*En un momento de silencio oremos a Dios y
confiémosle nuestro mayor anhelo o necesidad.*



¹¹ Benedicto XVI, Carta Encíclica Spe Salvi, número 32





 *Día Noveno* 24 de diciembre



Digamos: *Señor, haznos sembradores de esperanza*

El gran anuncio de la noche de Navidad lo escuchamos hoy en palabras de san Lucas:



«En aquellos días el emperador Augusto promulgó un decreto ordenando que se hiciera el censo de los habitantes del imperio. También José, por ser de la descendencia y familia de David, subió, desde la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David que se llama Belén, para inscribirse con María, su esposa, que estaba encinta. Mientras estaban en Belén le llegó a María el tiempo del parto, y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había sitio para ellos en la posada. Había en aquellos campos unos pastores que pasaban la noche en pleno campo cuidando sus rebaños por turnos. Un ángel del Señor se les presentó, y la gloria del Señor los envolvió con su luz. Entonces sintieron mucho miedo, pero el ángel les dijo: –No teman, pues les anuncio una gran alegría, que lo será para ustedes y para todo el pueblo: Les ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es el Mesías, el Señor. Esto les servirá de señal: encontrarán un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre.»¹² Palabra del Señor.



El camino que hemos recorrido en estos días de novena se parece al camino que recorrieron José y María en dirección a la aldea de Belén. Su camino y el nuestro son la ruta que nos conduce a la esperanza, pues nuestra esperanza es Jesucristo. Quienes caminamos en la esperanza vislumbramos en el horizonte la luz que ilumina nuestra vida hasta manifestarla radiante. Quien no conoce a Dios, aunque tenga múltiples esperanzas, en el fondo está sin esperanza, sin la gran esperanza que sostiene toda la vida.





El Hijo de Dios, al nacer en Belén, se sembró como semilla en el mundo para comunicar la esperanza. En la Navidad Dios se siembra con toda el alma en el campo del hombre para hacerlo fértil y para convertirlo en campo de Dios. Solo así, en el campo nuevo se labrarán caminos capaces de contener los pasos de Dios y de la humanidad.

Caminando con José y María y con el Niño Dios compartimos la alegría de sabernos amados, consolados y liberados por el Señor, y asumimos con ellos la misión de llevar la esperanza cristiana por todas las calles y salidas de nuestra ciudad región. Caminamos llevando al Salvador, caminamos acogiendo las palabras del ángel en la noche de la Navidad y yendo hasta el pesebre de cada corazón para contemplar en él, al Hijo de Dios recién nacido.

Nos ponemos en camino, en salida misionera, desde esta noche, para anunciar al mundo que Jesús, nuestra esperanza, está con nosotros y que en él, la vida alcanza su plenitud.

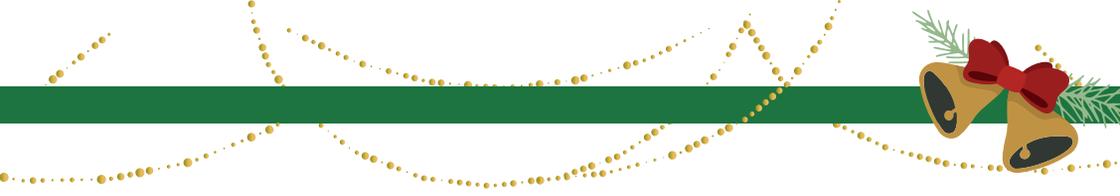
Compartamos entre nosotros la alegre noticia de su llegada. Estrechemos las manos para desearnos feliz Navidad, animados por la alegría de su presencia redentora.

Tracemos un camino común para avanzar juntos hacia la meta donde brilla la esperanza, donde los sentimientos son los mismos, donde los anhelos se pueden compartir y las tristezas se pueden consolar.

Vayamos juntos a *sembrar la esperanza*, alentados por la esperanza que nace en la noche de Navidad. Reguemos las *semillas de esperanza* que habitan entre nosotros, pues en esperanza fuimos creados y salvados por Jesucristo.

Plantemos la semilla con la *apertura, la humildad y la escucha* de la virgen María; con la alegría, la fraternidad y la gratitud de Isabel; con el discernimiento, la corresponsabilidad y el empuje





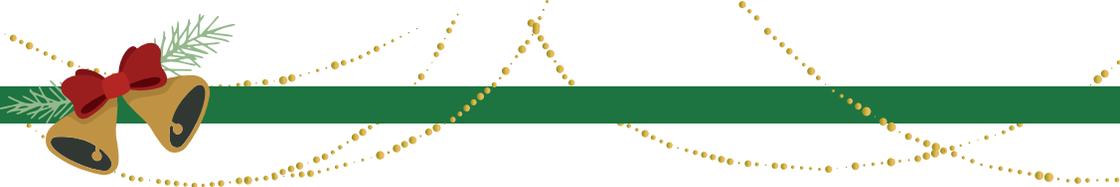
de san José; con la búsqueda, el diálogo y la cercanía del ángel y con la contemplación, la salida y la acogida de los pastores de Belén. Estas son las actitudes propias del discípulo que anuncia a Jesús y que nuestra Iglesia en Bogotá y el campo desea asumir.

Caminando juntos podremos sembrar la esperanza, cultivar la fe y cosechar la caridad, las tres virtudes que revelan el rostro del Dios vivo que quiso nacer de la virgen María y morar entre nosotros.



*Deseémonos, ya desde ahora, una feliz
Navidad y saludémonos diciendo:
“El Señor Jesús, sea nuestra esperanza”.*





Villancicos



A la nanita nana

A la nanita nana,
nanita nana, nanita ea,
mi Jesús tiene sueño,
bendito sea, bendito sea.

Fuentecilla que corres
clara y sonora,
ruiseñor que en la selva
cantando lloras:
callad mientras la cuna
se balancea,
a la nanita nana, nanita ea.

Manojito de rosas
y de alelís
¿Qué es lo que estás
soñando que te sonrías?
¿Cuáles son tus sueños?,
dilo alma mía,
mas ¿qué es lo que
murmuras? Eucaristía.



Salve reina y madre

Salve reina y madre,
Salve dulce amor,
del jardín del cielo
la más bella flor.

En una colina
con la nieve fría
reposa en la noche
la Virgen María.

Reposa en la noche
la Virgen María.
La malvada mula
con sus finos dientes,
le comió la paja
al niño inocente.
Le comió la paja
al niño inocente.





Tutaina tuturumá

Los pastores de Belén
vienen a adorar al niño,
la Virgen y san José los
reciben con cariño.

Tutaina tuturumá,
tutaina tuturumaina.
Tutaina tuturumá, turumá,
tutaina tuturumaina.

Tres reyes vienen también
con incienso, mirra y oro
a ofrendar a Dios su rey
con el más grande tesoro.

Vamos todos a cantar con
amor y alegría
porque acaba de llegar de
los cielos el Mesías.



Campana sobre campana

Campana sobre campana
y sobre campana una,
asómate a la ventana,
verás el niño en la cuna.

Belén, campanas de Belén.
Que los ángeles tocan
¿Qué nueva me traéis?

Recogido tu rebaño
¿Adónde vas pastorcillo?
Voy a llevar al portal
requesón, manteca y vino.

Campana sobre campana y
sobre campana dos,
asómate a la ventana porque
está naciendo Dios.



Los peces en el río

La Virgen está lavando y
tendiendo en el romero;
los pajarillos cantando, y el
romero floreciendo.

Pero mira como beben los
peces en el río,
pero mira como beben por
ver al Dios nacido.

Beben y beben
y vuelven a beber,
los peces en el río
por ver a Dios nacer.

La Virgen se está peinando
entre cortina y cortina,
sus cabellos son de oro, el
peine de plata fina.





Los zagales

Los zagales y zagalas
al niño vamos a ver,
con piticos y tambores
mostrándole gran placer. (2)

¿Por qué tan doliente lloras?
¿Por qué, mi niño, por qué?
/Si quieres venir a mi alma,
ven que yo te arrullaré./

Ha nacido en un portal
llenito de telarañas,
/entre la mula y el buey, el
redentor de las almas./

En el portal de Belén hay
estrellas, sol y luna,
/la Virgen y san José y el
niño que está en la cuna./



El burrito sabanero

/Con mi burrito sabanero
voy camino de Belén./
/Si me ven, si me ven, voy
camino de Belén./
Tuqui, tuqui, tuqui, tuqui.

Tuqui, tuqui, tuqui ta.
Apúrate mi burrito que ya
vamos a llegar.

Tuqui, tuqui, tuqui, tuqui.
Tuqui, tuqui, Tuqui tu.
Apúrate mi burrito vamos a
ver a Jesús.

/El lucerito mañanero
ilumina mi sendero./
/Si me ven, si me ven, voy
camino de Belén./

/Con mi cuatrico voy
cantando, mi burrito va
trotando./
/Si me ven, si me ven, voy
camino de Belén./



Antón tiruliruliru

/Antón tiruliruliru,
Antón tirulirurá./
/Jesús al pesebre
vamos a adorar./

Duérmete niño chiquito
que la noche viene ya.
Cierra pronto tus ojitos que
el viento te arrullará.
Duérmete niño chiquito
que tu madre velará.
Cierra pronto tus ojitos
porque la entristecerás.





ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ
IGLESIA SAN JUAN DE DIOS



ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ
Vicaría Episcopal Territorial
Inmaculada Concepción



ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ
Vicaría Episcopal Territorial
de Cristo Sacerdote



ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ
CEFCAM



Camino Discípulo Misionero
Para sembrar la esperanza



ARQUIDIÓCESIS DE BOGOTÁ

